

sus manos al cielo, y exclama con una voz débil: ¡Eliezer! ¡Eliezer! ¡oh mi amado Eliezer! A estas palabras acude Neftalí, se écha en los brazos de su padre, quiere hablar, sus sollozos se lo impiden, y apénas, despues de muchos esfuerzos, puede decir, como su padre: ¡Eliezer! ¡Eliezer! ¡oh mi amado Eliezer!

FIN DEL CANTO TERCERO.

CANTO CUARTO.

Ya habian pasado setenta dias despues de la desgracia de Eliezer. Salos, á las puertas del sepulcro, habia esperado muchas veces la muerte: pero la ternura de Neftalí y los esmeros de Raquel habian conservado su triste y penosa existencia. Abdias no le desamparaba, y le hablaba frecuentemente de Eliezer, á quien uno y otro llamaban hijo, nombre que los consolaba y hacia llorar mutuamente. La triste Raquel, con traje de luto y la cabeza cubierta con un velo negro, dividia con ellos estos consuelos. Neftalí que se habia hecho ménos tratable, ó que tal vez (aunque no lo confesase) temia el hallarse solo con Raquel, pasaba los dias enteros sen-



tado al pié de la higuera; allí habia construido un humilde sepulcro con céspedes, y bajo una losa colocó los despojos que conservaba de su hermano. Este fingido sepulcro engaña su dolor: Neftalí solia ir allí desde la aurora, pareciéndole que sufría ménos con acercarse más al objeto por quien lloraba.

Sadoc, observador religioso de los preceptos de Moysés, viendo que concluiria ya el tiempo del luto de Raquel, hace llamar á Neftalí, y le dice en presencia de Abdias y de su hija: Vos sa-  
beis, hijo mio, cuales son las leyes de los hebreos. Estas os mandan que tomeis por mujer á la viuda de vuestro hermano: el nombre apreciable de Eliezer, no puede acabarse en Israel, y á vuestros hijos es á quien corresponde conservar-lo.

Al oír estas palabras Neftalí se reprende á sí mismo por la alegría que le causan. Su rostro colorea, sus ojos se humedecen, y su corazón gime y palpita á un mismo tiempo; pero la felicidad, que ve tan cercana, parece que ofende á su piedad.

¡Oh padre mio! le dice, hace mucho tiempo que adoro á Raquel: obedeciendo á la ley cumplo mis mayores deseos: ¿pero sin vivir Eliezer podré yo ser feliz? Perdonadme Raquel, este

lenguaje, perdonadme que os pido que despues que se efectúe nuestra union nos retiremos al parage más solitario; para que este, si es posible, aumente mi eterno dolor.

Querido hijo, le responde Sadoc, yo me he anticipado á tus deseos; pues acabo de anunciar á los Ancianos del pueblo que voy á entregarles el incensario. Mis trémulos brazos no pueden ya inmolar las santas víctimas. Las fuerzas me faltan, á proporcion que mi edad y mis pesares aumentan: si mi Eliezer viviese, yo las conservaria todavia. Los ancianos querian elegirte para que me reemplazases; pero en tu nombre yo he rehusado esta felicidad; pues conozco la necesidad que tienes de vivir en el retiro. Sí, Neftalí, encerrémonos y ocultémonos á todo el universo. Los desgraciados no pueden vivir sino entre sí: Abdias, tu esposa y yo, nos dedicaremos á amarte y á llorar á tu hermano.

Al mismo tiempo tomó la mano de Raquel, la unió á la de su hijo, declarando que segun la ley el fruto de aquel matrimonio tendría los derechos y nombre de Eliezer.

Luego pide al cielo que Raquel le haga abuelo: los esposos, que lo oían, apenas se atrevían á mirarse por su timidez y por su amor.



Desde este instante Neftalí y Raquel, Sadoc y el viejo Abdias se retiraron del mundo, creyéndose solos en la tierra, dispuestos á vivir únicamente para la amistad y para el trabajo.

Abdias, con el valor de sus rebaños y de la casa que tenia en Luza, aumentó los campos de Sadoc, y plantó vides y olivos. Este campo era suficiente para mantener á la familia, y aun le sobraba con que socorrer á algunos indigentes. Los pobres eran los únicos de quienes no se habia olvidado esta virtuosa familia. Neftalí se levantaba desde la aurora para ir á arar y disponer la tierra para sembrar cebada y trigo, ó bien podaba las vides ó cultivaba los olivos. Cuando ya el sol en lo más alto de su carrera, calentaba á todo el universo, se retiraba empapado en sudor, á su pacífico asilo. Raquel le salia al encuentro, y solo la vista de esta servia de descanso á su feliz esposo: este la tomaba de la mano, y la llevaba hasta la mesa, en que estaban sentados los venerables ancianos, que se levantaban para abrazarlo. Entónces la diligente esposa traia el único manjar que habia dispuesto, y todos juntos hacian una frugal comida, que las más de las veces la prolongaba únicamente el placer de hacerla juntos. Todos despues se iban al campo á repartir sus trabajos

campestres; y luego que el sol se ponía iba Raquel con su esposo cerca del sepulcro de su hermano; ambos se ponían de rodillas, pegaban su rostro en la piedra, y meditaban en silencio, ó si hablaban algunas veces era siempre de Eliezer, para traer á la memoria sus acciones y sus palabras. Jamás se profanó aquel lugar de dolor con otra conversacion, y nunca se atrevieron Raquel ni Neftalí á llamarse en el esposos.

De este modo se pasaban los dias y los meses: y á los doce Raquel fué madre de un hermoso niño, á quien llamó Eliezer. Este nombre parecia que aumentaba más el amor que sus padres le tenían: jamás hubo criatura más bella, y jamás la gracia y el talento se anunciaron más temprano que en el jóven Eliezer. Apenas tenia cuatro años, cuando ya comprendia y retenia cuanto decia Sadoc. Este buen anciano no se hallaba sin su nieto; lo sacaba de los brazos de Raquel para ponerlo en los suyos, casi ya sin fuerzas; se lo llevaba al campo; lo levantaba sobre su cabeza para que cogiese con sus tiernas manos las frutas que queria; inventaba para él nuevas diversiones, y le acompañaba á ellas sin fastidio. Este venerable Pontífice, cuya barba cana le cubria el pecho, jugaba con el hijo de Neftalí y en estos pasatiempos



se interesaba tambien la ternura de Abdias; y Raquel, que los miraba hilando, dejaba muchas veces el hueso para enjugar sus lágrimas que mezclaba con una dulce sonrisa.

Muy pronto el niño que se habia fortalecido, exigió de Sadoc mayores y más sérios cuidados. Este quiere ser el único encargado de criarlo é instruirlo; le enseña á leer la Ley santa, y graba en su corazon los preceptos del Señor. Eliezer sabe ya los mandamientos dados por Moysés; repite las grandes maravillas que hizo el Señor para sacar á su pueblo de Egipto; encanta con estas narraciones á Sadoc y á su madre; y cuando vuelve su padre del trabajo, el jóven Eliezer, sentado en las rodillas de su maestro, de su abuelo y de su amigo, le cuenta como Josef, habiendo sido vendido por sus hermanos, los perdonó y alimentó: el anciano Sadoc escucha á su discípulo, repite cuanto él dice, y cree que él es quien le enseña esta interesante historia; se enternece pensando en el viejo Jacob cuando le quitaron á Benjamin; y entónces estrecha más á Eliezer en sus brazos; y Neftalí, mirando á Raquel, no puede detener el llanto cuantas veces el niño repite el nombre de su hermano.

Ya el jóven Eliezer habia cumplido nueve años; salia algunas veces solo, y tenia su arco y

flechas. Vivo y diestro como su padre, perseguia en las orillas del torrente la garza y otras aves: no tardó mucho tiempo en intentar pasar á la orilla opuesta, subir á la cima de las montañas, é ir en busca de los cerbatillos. Raquel y Sadoc murmuran el que Eliezer haga estas correrías solo; pero su padre, más indulgente, se lo tolera gustoso, lisonjeándose de ver que su valor precede á su fuerza, con lo que el niño, que lo conoce, se entrega con mayor gusto á la caza.

Esta pasion se aumenta en poco tiempo, de modo que todos los dias, despues de haber comido, se arma Eliezer con su arco, se escapa con prontitud, y no parece hasta la noche; trayendo siempre cuando vuelve, palomas torcaes ó dátiles recién cogidos. De estos presentes regala la fruta á su madre, y las aves á su abuelo. Este y Raquel no atinan cómo una criatura tan pequeña podia subir á las palmas, y le reprendian el que se aleja se tanto de ellos; pero el jóven cazador tenia particular tino para desvanecer sus temores é inquietudes, y sabia, acariciándolos, conservar su libertad.

Un dia sucedió que el niño salió, contra su costumbre, desde el amanecer; y ya habia pasado la hora del sacrificio de la tarde sin que hu-



biese vuelto. Raquel, bañada en lágrimas, manda á Neftalí que lo busque en las inmediaciones del torrente; ella por sí recorrió aunque inútilmente, las orillas; y estando sentada al pié de la higuera, lo vió de repente llegar con un semblante pálido, y señales de haber llorado. ¿Qué tienes? le pregunta Raquel: no te detengas en decírselo á tu madre. ¡Ah! le responde Eliezer, mi tristeza me hace revelar un secreto que habia jurado no decir; pero á vos sola será á quien yo lo confie: vos lo guardareis, amada madre mia; vos lo sabreis ocultar; yo lo creo así, y que socorreréis á mi amigo.

Raquel sorprendida de este razonamiento ofrece á su hijo lo que pide, enjuga sus lágrimas, y lo escucha atenta.

Vais á saber ahora, le dijo Eliezer, por qué os dejo con tanta frecuencia; y luego que os lo diga no dudo que me perdonareis al instante. En la luna pasada fué cuando un día me atreví á pasar al otro lado del torrente. Bajé á la orilla opuesta, y descubrí, sentado en una roca, á un pobre cubierto de andrajos, sus cabellos sueltos caian sobre su frente, y su barba bajaba hasta su pecho, que tenia medio desnudo: su semblante, color de plomo, [manifestaba que estaba enfermo, y que padecía bastante, léjos de

sorprenderme con este encuentro, me interesó bastante: por casualidad tenia yo algunas frutas que habia tomado de la mesa, y fuí al instante á ofrecérselas: el incógnito me miró con atención y me dice: No tengo, hijo mio, necesidad de lo que me ofreceis, pero sí de conocer un bienhechor como vos. ¿Cómo os llamais? ¿quiénes son los padres tan felices, á quienes el Señor ha concedido un hijo tan caritativo? Soy Eliezer, le respondí, y el venerable Sadoc, Pontífice de Israel, es mi abuelo; mi madre se llama Raquel, mi padre Neftalí; y yo no hago más que obedecer sus preceptos.

Casi no habia concluido estas palabras, cuando este hombre se acerca á mí, me toma en sus brazos y me tiene mucho tiempo contra su pecho. Nada me decia; pero yo conocia, no obstante, que no podia contener sus lágrimas. No os admireis, me dijo despues, de la amistad que os he manifestado; debo la vida á Sadoc, y no puedo ver á su nieto sin esta conmocion, de que espero no os ofendais.

Dicho esto se sonrió, y conocí que su semblante habia mejorado: agarréle de la mano, y le dije: Seguidme, que os voy á llevar á donde está Sadoc: pues me recibe con mil caricias cuando llevo algun pobre. No, me dijo entón-



ces inclinando la vista: estoy por un crimen involuntario desterrado de Silo, y me perderia si volviese á él. Ved, pues, hijo mio, el secreto que os revelo, y la confianza que hago de vos; si lo descubris, diciendo á alguien que yo vivo oculto en esta montaña, y que me habeis hallado, vendrán á sacarme de aquí para padecer crueles tormentos.

Estas palabras me hicieron temblar; prometí no revelar el secreto, y volver á verlo: lo verifiqué al dia siguiente, y lo hallé que me esperaba en el mismo paraje del anterior. Contento de mi exactitud, y fijándose en mis promesas, me llevó á su habitacion, que no estaba distante; esta era una pequeña gruta oculta entre unas rocas, en donde no ví más que algunas ramas de dátiles; estos le servian de alimento, y de aquellas componia su cama. Ved mi casa, hijo mio, me dijo: creo muy bien que nada de cuanto hay en ella os llamará la atencion; pero no obstante esto, yo me tendria por muy dichoso e- que viaieseis algunas veces á verme. Esta mañana, desde el amanecer he recorrido la montaña, y á fuerza de trabajo he conseguido cojer vivas dos palomas torcaces; y ya que os gustan los pájaros vivos, voy á aplicarme á cojer algunos; pues el deseo de complaceros aumentará

mis fuerzas y destreza. Entónces me dió las dos palomas en una jaula de juncos; y estas fueron, madre mia, las primeras que os traje. Cuantos regalos os he hecho, todos eran de este desgraciado incógnito, que lleno de bondad y pensando en mí todo el tiempo que no me veía, ponía lazos para cojerme pajaritos, iba á buscar los mejores dátiles, y despues me esperaba para dárme los: generalmente lo encontraba á la puerta de su gruta sentado con el regalo ya dispuesto. El gusto que yo recibia con estos, echaba yo de ver que se pintaba al punto en su semblante. Me abrazaba, me ponía muy inmediato á él, algunas veces sobre sus rodillas; y cuando ya me habia mirado despacio, entablábamos conversacion; me hablaba de vos, de mi padre y de mi abuelo; se interesaba mucho en vuestra felicidad, haciéndome que le repitiese lo que yo os decia. Yo gustaba mucho de estas conversaciones, y me complacia en visitar á un amigo tan tierno y tan sincero; diciéndome á mí mismo: *Ya que soy el único en el mundo que puede consolar á este desgraciado, estoy en la obligacion de hacerlo.*

Hoy muy de mañana he ido á verlo porque le dejé ayer malo, y me llevé en un vaso sin que me vieseis, una poca de leche, con la espe-



ranza de que esto lo aliviara; pero ¡ah, madre mía! desde ayer se ha agravado; lo he visto en cama; ha tomado la leche que le llevé; me ha apretado la mano; me ha dado las gracias; pero yo he notado que se esforzaba en ocultarme lo que padecía. No me he separado de él hasta ahora; y aun estaría acompañándole si no me hubiese ocurrido que vos podreis socorrerle ¡oh!.... venid.... venid, que puede ser que le prolongueis la vida con vuestros cuidados.

De este modo habla Eliezer á su madre; quien no puede abrazarle sin lágrimas de ternura. ¡Oh amable criatura! le dice: cuan sensible es tu corazon, y cuan bueno; pero cuan feliz soy yo de teneros por hijo. Sí voy á socorrerlo: no perdamos un momento.

Al instante se levanta, corre á su casa, adonde acaba de llegar Nefalí despues de haber estado buscando á su hijo: Raquel cuenta de prisa á su esposo lo que acaba de saber; y este llora tambien de enternecimiento y de alegría.

Nefalí quiere igualmente ser de la partida para socorrer al solitario, y se lleva aceite y vino. Raquel toma otras provisiones; y guiados por Eliezer, se dirigen hácia la montaña.

Eliezer acelera el paso; y cuando llegan to-

dos á la puerta de la caverna, pide á sus padres que se detengan; entra solo, y dice al solitario: Perdonad, amigo mio, perdonad que yo haya revelado vuestro secreto, con sola la idea de seros útil; no os alarmeis, mi querido amigo, de que conmigo vengam mis padres.

¡Qué decis, hijo mio! esclama el moribundo, incorporándose un poco. ¡Qué, es Nefalí!.... ¡es Raquel! ¡Podré yo abrazaros de nuevo ántes de morir!..... ¡Oh Dios de bondad! dame fuerzas....

Ai oir Nefalí estas palabras, y conocer esta voz, da un espantoso grito; reconociendo el acento de su hermano, entra precipitado en la caverna, y le abraza. El es: es Eliezer..... Raquel, que vuelve á ver á su primer esposo, muda, inmovil y cortada sostiene á Nefalí, cuya cabeza apoya en el pecho de su hermano moribundo. El niño, sorprendido, los mira y llora, y el desgraciado Eliezer, abrazando á Nefalí, da una mano á Raquel, y encarga al niño que no llore.

Luego que se tranquilizaron algo, quedaron los tres mirándose mutuamente, sin poder hablarse; Eliezer es el primero, que esforzando su voz casi apagada, habla de este modo: "Nefalí, el tiempo es corto, y así permitidme que